

## SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, SOBRE EL CUIDADO DE LOS DIFUNTOS, A PAULINO, LIBRO ÚNICO.

Consultado por Paulino, obispo de Nola, sobre si la sepultura en las memorias de los mártires beneficia a los espíritus de los difuntos, Agustín demuestra primero que no perjudica a los muertos, incluso si se les niega completamente la sepultura. El lugar de sepultura no beneficia por sí mismo, sino por la ocasión que ofrece para que crezca el afecto de quienes oran por los difuntos. El cuidado de la sepultura proviene del afecto humano hacia su carne, y con razón fue despreciado por los santos mártires, ya que no afecta ni a la felicidad ni a la miseria. De aquí habla sobre los muertos que se dice que han aparecido a los vivos para que se les dé sepultura a sus cuerpos. Explica cómo ocurren estas visiones con varios ejemplos. Finalmente, investiga si los muertos participan en las preocupaciones y asuntos humanos.

### CAPÍTULO PRIMERO.

1. La cuestión de Paulino: si beneficia al difunto ser sepultado en la memoria de un santo. Su opinión es que sí beneficia. Se discute la dificultad propuesta por él mismo. Según el tipo de vida que haya llevado cada uno, se determina si lo que se hace por los difuntos les beneficia o no. Durante mucho tiempo, venerable coobispo Paulino, he sido deudor de una respuesta a tu Santidad, desde que me escribiste a través de los hombres de nuestra hija religiosísima Flora, preguntándome si beneficia a alguien después de la muerte que su cuerpo sea sepultado en la memoria de algún santo. Esto fue solicitado por la mencionada viuda para su hijo difunto en esas regiones, y le escribiste consolándola: también informando sobre el cadáver del joven fiel Cinegio, que con afecto materno y piadoso deseó que se cumpliera, para que fuera colocado en la basílica del beatísimo confesor Félix. Por esta razón, a través de los mismos portadores de tus cartas, también me escribiste, planteando esta cuestión y solicitando que respondiera lo que me parecía al respecto, sin ocultar lo que tú mismo piensas. Pues dices que te parece que no son vanos los movimientos de los ánimos religiosos y fieles que cuidan de estas cosas por los suyos. Añades también que no puede ser en vano que toda la Iglesia suplique por los difuntos: de modo que de aquí se pueda inferir que beneficia al hombre después de la muerte si, por la fe de los suyos, se le provee un lugar para su cuerpo en el que se busque la ayuda de los santos de esta manera.

2. Pero siendo así, ¿cómo no es contrario a esta opinión lo que dice el Apóstol: "Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo" (II Cor. V, 10)? No ves claramente, según indicas. Esta sentencia apostólica advierte que se haga antes de la muerte lo que pueda beneficiar después de la muerte; no entonces, cuando ya se ha de recibir lo que cada uno haya hecho antes de la muerte. Sin embargo, esta cuestión se resuelve porque se adquiere un cierto tipo de vida mientras se vive en este cuerpo, de modo que estas cosas beneficien a los difuntos; y así, según lo que hicieron en el cuerpo, se benefician de lo que se haga religiosamente por ellos después de la muerte. Hay quienes no se benefician en absoluto de estas cosas; ya sea porque sus méritos son tan malos que no son dignos de ser ayudados por tales cosas; o porque sus méritos son tan buenos que no necesitan de tales ayudas. Por lo tanto, el tipo de vida que cada uno llevó en el cuerpo determina si lo que se hace piadosamente por él después de dejar el cuerpo le beneficia o no. Pues el mérito por el cual estas cosas benefician, si no se adquirió en esta vida, se busca en vano después de esta vida. Así, la Iglesia no gasta en vano el cuidado por los difuntos, ofreciendo lo que pueda de religión; y sin embargo, cada uno recibe según lo que hizo en el cuerpo, sea bueno o malo, recibiendo el Señor a cada uno según sus obras. Para que lo que se ofrece pueda beneficiarle después del cuerpo, se adquirió en la vida que llevó en el cuerpo.

3. Esta breve respuesta podría haber sido suficiente para tu consulta; pero presta atención un momento a otras cuestiones que creo que deben ser respondidas. En los libros de los Macabeos leemos que se ofreció sacrificio por los muertos (II Mac. XII, 43). Pero incluso si en ninguna parte de las Escrituras antiguas se leyera esto, no es poca la autoridad de toda la Iglesia, que brilla en esta costumbre, donde en las oraciones del sacerdote que se elevan al Señor Dios en su altar, también tiene su lugar la recomendación de los muertos.

## CAPÍTULO II.

Qué aporta el honor de la sepultura. Si se niega la sepultura a los cuerpos de los cristianos, no les quita nada. Pero si el lugar del cuerpo del difunto beneficia en algo al alma, es una cuestión que requiere más investigación. Y primero, si afecta en algo para aumentar o disminuir la miseria después de esta vida a los espíritus de los hombres, si sus cuerpos no son sepultados, debe verse no según la opinión común, sino más bien según las sagradas Escrituras de nuestra religión. No se debe creer, como se lee en Virgilio, que los insepultos son impedidos de navegar y cruzar el río infernal: porque, según él, "No se les permite cruzar las horribles riberas ni las aguas rugientes antes de que sus huesos descansen en sus tumbas" (Eneida, libro 6, vv. 327, 328). ¿Quién inclinaría su corazón cristiano a estas fabulosas ficciones poéticas, cuando el Señor Jesús, para que los cristianos cayeran seguros en manos de sus enemigos, quienes tendrían sus cuerpos en su poder, asegura que ni un cabello de sus cabezas perecerá, exhortándolos a no temer a aquellos que, después de matar el cuerpo, no tienen más que hacer? En el primer libro de La Ciudad de Dios, he hablado lo suficiente, creo, para refutar a aquellos que atribuyen la devastación bárbara, especialmente la que Roma sufrió recientemente, a los tiempos cristianos, y también objetan que Cristo no ayudó a los suyos allí. Cuando se les responde que las almas de los fieles fueron recibidas por Él según los méritos de su fe, se burlan de los cadáveres insepultos. Por lo tanto, he explicado todo este tema de la sepultura con las siguientes palabras.

4. "Pero, en tanta matanza de cadáveres, ¿no pudieron ser sepultados? La fe piadosa no teme demasiado esto, manteniendo la promesa de que las bestias que devoran no perjudicarán a los cuerpos que resucitarán, cuyos cabellos no perecerán. Y de ninguna manera diría la Verdad: 'No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma', si algo perjudicara a la vida futura lo que los enemigos quisieran hacer con los cuerpos de los muertos. A menos que alguien sea tan absurdo como para sostener que no se debe temer a los que matan el cuerpo antes de la muerte, para que no maten el cuerpo; y que se debe temer después de la muerte, para que no impidan que el cuerpo muerto sea sepultado. Por lo tanto, es falso lo que dice Cristo: 'Los que matan el cuerpo, y después no tienen nada más que hacer' (Mat. X, 28, 30; Luc. XII, 4, 7); si tienen tanto que hacer con los cadáveres. Lejos esté que sea falso lo que dijo la Verdad. Se dice que hacen algo cuando matan, porque hay sensación en el cuerpo al ser matado; pero después no tienen nada que hacer, porque no hay sensación en el cuerpo muerto. Muchos cuerpos de cristianos no fueron cubiertos por la tierra: pero ninguno de ellos fue separado del cielo y la tierra, que Él llena con su presencia, quien sabe de dónde resucitar lo que creó. Se dice en el Salmo: 'Pusieron los cuerpos de tus siervos como alimento para las aves del cielo, la carne de tus santos para las bestias de la tierra: derramaron su sangre como agua alrededor de Jerusalén, y no había quien los sepultara' (Sal. LXXVIII, 2, 3); pero esto es más para exagerar la crueldad de quienes hicieron esto, no para la infelicidad de quienes lo sufrieron. Aunque estas cosas parezcan duras y terribles a los ojos de los hombres, 'preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos' (Sal. CXV, 15). Por lo tanto, todo esto, es decir, el cuidado del funeral, la condición de la sepultura, la pompa de las exequias, son más consuelos para los vivos que ayudas para los muertos. Si una sepultura costosa beneficia al

impío, perjudicará al piadoso una vil o ninguna. Exequias espléndidas en presencia de los hombres fueron ofrecidas al rico vestido de púrpura por una multitud de sirvientes: pero mucho más espléndidas en presencia del Señor fueron las que los ángeles ofrecieron al pobre cubierto de llagas; quienes no lo llevaron a un sepulcro de mármol, sino al seno de Abraham (Luc. XVI, 19-22). Se ríen de esto aquellos contra quienes hemos asumido la defensa de la Ciudad de Dios: sin embargo, incluso los filósofos de ellos despreciaron el cuidado de la sepultura; y a menudo ejércitos enteros, mientras morían por su patria terrenal, no se preocuparon por dónde yacerían después, o qué bestias se los comerían; y los poetas pudieron decir plausiblemente sobre esto: 'Está cubierto por el cielo, quien no tiene urna'. ¿Cuánto menos deben insultar a los cristianos por los cuerpos insepultos, a quienes se les promete la restauración de todos los miembros de su carne, no solo de la tierra, sino también del seno más secreto de los otros elementos, donde los cadáveres se han disuelto, en un instante de tiempo?"

### CAPÍTULO III.

5. Por qué es loable el cuidado del funeral y la sepultura. "Sin embargo, no se deben despreciar ni desechar los cuerpos de los difuntos, especialmente los de los justos y fieles, que el espíritu utilizó santamente como instrumentos y vasos para todas las buenas obras. Si la vestimenta y el anillo paternos, y cualquier cosa de este tipo, son más queridos para los descendientes cuanto mayor es el afecto hacia los padres; de ninguna manera deben despreciarse los cuerpos mismos, que llevamos mucho más familiar y estrechamente que cualquier vestimenta. Estos no pertenecen a un adorno o ayuda que se aplica externamente, sino a la misma naturaleza del hombre. Por eso, los funerales de los justos antiguos fueron cuidados con piedad diligente, y se celebraron exequias, y se proveyó sepultura: y ellos mismos, mientras vivían, encargaron a sus hijos sobre la sepultura o incluso el traslado de sus cuerpos (Gen. XXIII, XXV, 9, 10, y XLVII, 30). Y Tobías, al sepultar a los muertos, se dice que agradó a Dios, según el testimonio del ángel (Tob. II, 9, y XII, 12). El mismo Señor, resucitando al tercer día, alaba y encomienda como digno de ser predicado el buen acto de la mujer piadosa que derramó un unguento precioso sobre sus miembros, y lo hizo para su sepultura (Mat. XXVI, 7-13): y se recuerda laudablemente en el Evangelio a quienes cuidaron diligente y honorablemente de su cuerpo, bajado de la cruz, para cubrirlo y sepultarlo (Juan XIX, 38). Sin embargo, estas autoridades no enseñan que haya algún sentido en los cadáveres; sino que indican que los cuerpos de los muertos también pertenecen a la providencia de Dios (a quien agradan tales oficios de piedad), para afirmar la fe en la resurrección. De donde también se aprende saludablemente cuánta puede ser la recompensa por las limosnas que ofrecemos a los vivos y sensibles, si tampoco se pierde ante Dios lo que se paga a los miembros inanimados de los hombres. Hay otras cosas que los santos Patriarcas quisieron que se entendieran proféticamente sobre sus cuerpos, ya sea para ser sepultados o trasladados (Gen. XLVII, 30, y L, 24); pero este no es el lugar para tratarlas, ya que lo que hemos dicho es suficiente. Pero si las cosas necesarias para sustentar a los vivos, como el alimento y el vestido, aunque falten con gran aflicción, no rompen en los buenos la virtud de soportar y tolerar, ni erradican la piedad del alma, sino que la hacen más fecunda al ser ejercitada; cuánto más cuando faltan las cosas que se suelen aplicar para cuidar los funerales y sepultar los cuerpos de los difuntos, no hacen miserables a los que ya descansan en las ocultas moradas de los piadosos. Por lo tanto, cuando estas cosas faltaron a los cadáveres de los cristianos en la gran devastación de esa ciudad, o incluso de otras ciudades, no es culpa de los vivos, que no pudieron proveerlas; ni es castigo para los muertos, que no pudieron sentir las (De Civitate Dei, lib. 1, capp. 12 et 13)." Esta es mi opinión sobre la causa y razón

de la sepultura. La he trasladado de otro libro mío a este, porque fue más fácil para mí revisarla que expresarla de otra manera.

#### CAPÍTULO IV.

6. El lugar de sepultura beneficia al difunto no por sí mismo, sino por la ocasión que ofrece para orar por él. Si esto es cierto, ciertamente también el lugar provisto para sepultar cuerpos en las memorias de los santos es una buena expresión del afecto humano hacia los funerales de los suyos: porque si hay alguna religión en sepultar, no puede ser ninguna cuando se considera dónde sepultar. Pero cuando se buscan tales consuelos para los vivos, que muestran su piadoso ánimo hacia los suyos, no veo qué beneficios hay para los muertos, excepto para que, al recordar dónde están los cuerpos de los que aman, los recomienden en oración a los mismos santos como protectores ante el Señor. Esto podrían hacerlo incluso si no pudieran sepultarlos en tales lugares. Pero no se llaman Memorias o Monumentos a las tumbas de los muertos que se hacen notables, sino porque traen a la memoria a aquellos que han sido sustraídos de la vista de los vivos por la muerte, para que no sean también sustraídos de sus corazones por el olvido, y al recordar hacen que se piense en ellos: pues el nombre de Memoria lo indica claramente, y Monumento se llama así porque advierte a la mente, es decir, la recuerda. Por eso, cuando el ánimo recuerda dónde está sepultado el cuerpo de un ser querido, y el lugar venerable por el nombre del mártir se presenta, el afecto del que recuerda y ora encomienda al mártir el alma amada. Cuando esto se ofrece a los difuntos por los fieles más queridos, no hay duda de que beneficia a aquellos que, mientras vivían en el cuerpo, merecieron que tales cosas les beneficiaran después de esta vida. Sin embargo, si alguna necesidad impide sepultar los cuerpos o sepultarlos en tales lugares, no deben omitirse las súplicas por los espíritus de los muertos: que la Iglesia ha asumido hacer por todos los difuntos en la sociedad cristiana y católica, incluso sin mencionar sus nombres, bajo una conmemoración general; para que a aquellos a quienes les faltan padres, hijos, o cualquier pariente o amigo, se les ofrezca por una madre común piadosa. Pero si faltaran estas súplicas, que se hacen con fe recta y piedad por los muertos, creo que nada beneficiaría a sus espíritus que sus cuerpos inanimados fueran colocados en lugares santos.

#### CAPÍTULO V.

7. Cuánto beneficia el lugar por ocasión. Cuando, por tanto, una madre fiel deseó que el cuerpo de su hijo fiel difunto fuera colocado en la basílica de un mártir, si creyó que el alma de él sería ayudada por los méritos del mártir; lo que así creyó fue una especie de súplica; y esto benefició, si algo benefició. Y el hecho de que regrese al mismo sepulcro en su mente, y más y más encomiende a su hijo en sus oraciones; ayuda al espíritu del difunto, no el lugar del cuerpo muerto, sino el afecto vivo de la madre recordando el lugar. Pues al mismo tiempo, tanto quién como a quién se encomienda, no infructuosamente toca la mente religiosa del que ora. Porque los que oran también hacen con los miembros de su cuerpo lo que corresponde a los que suplican, cuando doblan las rodillas, extienden las manos, o incluso se postran en el suelo, y si hacen algo más visible; aunque su voluntad invisible e intención del corazón sea conocida por Dios, y Él no necesite estos signos para que se le revele el ánimo humano: pero más bien el hombre se excita a sí mismo a orar y gemir más humildemente y con más fervor. Y no sé cómo, cuando estos movimientos del cuerpo no pueden hacerse sin un movimiento previo del ánimo, al ser hechos de nuevo visiblemente, aquel interior invisible que los hizo se incrementa: y por lo tanto, el afecto del corazón, que precedió para que se hicieran, crece porque se hicieron. Sin embargo, si alguien está retenido o incluso atado de tal manera que no puede hacer esto con sus miembros, no por eso el hombre interior deja de orar, y ante los ojos de Dios en el más secreto aposento, donde se conmueve, se postra. Así

también, cuando importa mucho dónde se coloque el cuerpo del muerto, quien suplica a Dios por su espíritu, porque tanto el afecto precedente eligió un lugar santo, y al estar el cuerpo allí, el lugar santo renueva y aumenta el afecto que lo precedió: sin embargo, aunque no pueda sepultar a quien ama donde el ánimo religioso eligió, de ninguna manera debe cesar de las súplicas necesarias en su recomendación. Porque dondequiera que yacere o no yacere la carne del difunto, se debe adquirir descanso para el espíritu: que cuando salió de allí, se llevó consigo el sentido, para que pueda estar presente en cómo está, ya sea en bienes o en males: ni espera de esa carne que ayude a su vida, a la que él mismo daba vida, que retiró al salir, y devolverá al regresar; porque no la carne al espíritu, sino el espíritu a la carne también le proporciona el mérito de la resurrección, ya sea para castigo o para gloria.

## CAPÍTULO VI.

8. Cuerpos de mártires quemados y cenizas esparcidas en el Ródano. Leemos en la Historia Eclesiástica, escrita en griego por Eusebio y traducida al latín por Rufino, que los cuerpos de los mártires en Galia fueron expuestos a los perros, y las reliquias y huesos de los muertos fueron quemados hasta la completa consumación; y esas cenizas fueron esparcidas en el río Ródano, para que no quedara ningún recuerdo de ellos. No se debe creer que esto fue permitido divinamente por otra razón que para que los cristianos aprendieran, al confesar a Cristo, mientras desprecian esta vida, a despreciar mucho más la sepultura. Porque si lo que se hizo con gran crueldad a los cuerpos de los mártires les perjudicara en algo, de modo que sus espíritus victoriosos no descansaran felizmente, no se habría permitido que sucediera. Por lo tanto, se demostró en la realidad que el Señor no dijo: 'No temáis a los que matan el cuerpo, y después no tienen nada más que hacer' (Luc. XII, 4), porque no permitiría que hicieran algo con los cuerpos de sus muertos; sino porque, aunque se les permitiera hacer algo, nada se haría que disminuyera la felicidad cristiana de los difuntos, nada llegaría al sentido de los vivos después de la muerte; nada afectaría al detrimento de sus cuerpos, para que no resucitaran íntegros.

## CAPÍTULO VII.

9. La preocupación por el entierro surge del afecto natural hacia el cuerpo. Y sin embargo, por ese afecto del corazón humano, por el cual nadie jamás odia su propia carne (Efesios V, 29), si las personas saben que algo faltará a sus cuerpos después de su muerte, lo cual exige la solemnidad del entierro en su propia gente o patria, se entristecen como humanos; y lo que no les concierne después de la muerte, lo temen para sus cuerpos antes de morir: de tal manera que se encuentra en los libros de los Reyes que Dios, a través de un profeta, amenaza a otro profeta que transgredió su palabra, diciendo que su cadáver no sería llevado al sepulcro de sus padres. La Escritura dice así: "Así dice el Señor: Porque fuiste desobediente a la boca del Señor, y no guardaste el mandamiento que te ordenó el Señor tu Dios, y regresaste, y comiste pan, y bebiste agua en el lugar donde te ordenó que no comieras pan ni bebieras agua, tu cadáver no será llevado al sepulcro de tus padres" (III Reyes XIII, 21 y 22). Cuánto debe considerarse este castigo, si pensamos según el Evangelio, donde aprendimos que después de que el cuerpo es asesinado, no hay nada que temer para que los miembros inanimados sufran, ni debe llamarse castigo. Pero si consideramos el afecto humano hacia su propia carne, pudo haber sido aterrorizado o entristecido en vida por lo que no sentiría en la muerte: y este era el castigo, porque el alma se dolía de lo que sucedería a su cuerpo, aunque cuando sucediera no dolería. Hasta aquí quiso el Señor castigar a su siervo, quien no por su propia obstinación había despreciado cumplir su mandato, sino que, engañado por la falacia ajena, creyó obedecer cuando no obedeció. No debe pensarse que fue asesinado por la mordedura de una

bestia para que su alma fuera llevada al castigo del infierno: ya que el mismo león que lo mató cuidó de su cuerpo, incluso el asno en el que viajaba permaneció ileso, y junto con la feroz bestia permaneció intrépido en presencia del funeral de su amo. Este signo milagroso muestra que el hombre de Dios fue más bien corregido temporalmente hasta la muerte, que castigado después de la muerte. Sobre este asunto, el Apóstol, al recordar las enfermedades y muertes de muchos por ciertas ofensas, dice: "Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados por el Señor. Pero cuando somos juzgados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo" (I Cor. XI, 31 y 32). Aquel que lo engañó lo sepultó honorablemente en su propio sepulcro, y se aseguró de ser sepultado junto a sus huesos: así esperaba que también se perdonaran sus huesos, cuando llegara el tiempo en que, según la profecía de aquel hombre de Dios, el rey Josías de Judá desenterrara muchos huesos de muertos en esa tierra, y con esos huesos profanara los altares sacrílegos que habían sido erigidos con ídolos. Perdono, pues, aquel sepulcro donde yacía el Profeta, quien había predicho estas cosas más de trescientos años antes; y por él, tampoco fue violada la sepultura de quien lo había seducido (III Reyes XIII, 24-32, y IV Reyes XXIII, 16-18). Con ese afecto, por el cual nadie jamás odia su propia carne, había previsto para su cadáver, quien había matado su alma con la mentira. Por lo tanto, de este amor natural hacia su propia carne, fue un castigo para él aprender que no estaría en el sepulcro de sus padres; y para este, fue una preocupación prever que se perdonaran sus huesos, si yacía junto a aquel cuyo sepulcro nadie violaría.

## CAPÍTULO VIII.

10. Los mártires despreciaron la preocupación por el entierro. Este afecto fue superado por los mártires de Cristo luchando por la verdad: y no es de extrañar que despreciaran lo que no sentirían después de la muerte, quienes no pudieron ser vencidos por los tormentos que sentían en vida. Dios, quien no permitió que el león tocara más el cuerpo del Profeta que él mismo había matado, y convirtió al asesino en guardián, ciertamente pudo prohibir a los perros que devoraran los cuerpos de sus siervos muertos, a los cuales habían sido arrojados; pudo también aterrorizar de innumerables maneras la crueldad de los hombres, para que no se atrevieran a quemar los cadáveres ni a dispersar las cenizas: pero esta prueba no debía faltar en la múltiple variedad de tentaciones, para que la fortaleza de la confesión, que no cediera a la crueldad de la persecución por la salvación del cuerpo, no temiera por el honor del sepulcro; finalmente, para que la fe en la resurrección no temiera la consumación de los cuerpos. Por lo tanto, estas cosas debieron permitirse, para que incluso después de estos ejemplos de tanto horror, los mártires ardientes en la confesión de Cristo también fueran testigos de esta verdad, en la que aprendieron que aquellos que mataran sus cuerpos no tendrían nada más que hacer después: porque cualquier cosa que hicieran a los cuerpos muertos, ciertamente no harían nada, ya que en la carne desprovista de toda vida, ni podría sentir algo quien de allí partió, ni perder algo quien la creó. Pero entre estas cosas que se hacían con los cuerpos de los muertos, mientras los mártires las soportaban sin miedo con gran fortaleza; sin embargo, entre los hermanos había un gran luto, porque no se les daba poder para rendir los justos funerales a los santos, ni ocultamente sustraer algo, como lo atestigua la misma historia, las vigilias de los crueles guardianes lo permitían (Eusebio, Hist. Eccl. lib. 5, cap. 1). Así, mientras aquellos que habían sido asesinados, en la dilaceración de sus miembros, en la conflagración de sus huesos, en la dispersión de sus cenizas, no sufrían ninguna miseria; sin embargo, aquellos que no podían enterrar nada de ellos, eran torturados por una gran misericordia; porque en aquellos que ya no sentían nada, ellos de alguna manera sentían, y donde ya no había pasión de aquellos, había una miserable compasión de estos.

## CAPÍTULO IX.

11. Por qué se alaba el oficio del entierro en las Escrituras. Según esta miserable compasión que mencioné, son alabados aquellos, y bendecidos por el rey David, que mostraron misericordia al enterrar los huesos secos de Saúl y Jonatán (II Reyes II, 5). ¿Qué misericordia se muestra a quienes no sienten nada? ¿O acaso esto debe referirse a aquella opinión de que el río del infierno no podía ser cruzado por los no sepultados (Eneida, lib. 6, VV. 327, 328)? Que esto esté lejos de la fe cristiana: de lo contrario, se habría actuado muy mal con la multitud de mártires cuyos cuerpos no pudieron ser sepultados, y falsamente se les habría dicho la Verdad: "No temáis a los que matan el cuerpo, y después no tienen qué hacer"; si pudieron hacerles tanto mal, con lo cual se les impidiera pasar a los lugares deseados. Pero como esto es sin duda falsísimo, ni perjudica a los fieles la negación de la sepultura de sus cuerpos, ni beneficia a los infieles si se les concede: ¿por qué entonces se dice que aquellos que sepultaron a Saúl y a su hijo hicieron misericordia, y por ello son bendecidos por el piadoso rey; sino porque los corazones de los misericordiosos se afectan bien, cuando se duelen en los cuerpos de los muertos ajenos, de lo que con ese afecto, por el cual nadie jamás odia su propia carne, no quieren que se haga a sus cuerpos después de su muerte; y lo que desean que se les haga cuando no lo sentirán, se preocupan por hacerlo a otros que no lo sienten mientras ellos lo sienten?

## CAPÍTULO X.

12. Algunos muertos aparecen para que se les dé sepultura: cómo ocurren estas visiones. Se narran ciertas visiones que parecen plantear una cuestión que no debe ser descuidada en esta discusión. Se dice que algunos muertos han aparecido, ya sea en sueños o de cualquier otra manera, a los vivos que no sabían dónde yacían sus cuerpos insepultos, y al mostrarles los lugares, les advirtieron que se les diera la sepultura que les faltaba. Si respondemos que estas cosas son falsas, pareceremos venir impudicamente contra los escritos de algunos fieles, y contra los sentidos de aquellos que afirman que tales cosas les han sucedido. Pero se debe responder que no por eso se debe pensar que los muertos sienten estas cosas, porque parecen decirlas o indicarlas o pedir las en sueños. Pues también los vivos a menudo aparecen a otros vivos que duermen, mientras ellos mismos no saben que aparecen; y escuchan de ellos lo que soñaron, diciéndoles que los vieron en sueños haciendo o diciendo algo. Si, por lo tanto, alguien puede verme en sueños, indicándole algo que ha sucedido, o incluso prediciéndole algo que sucederá; cuando yo ignoro completamente eso, y no me importa en absoluto, no solo lo que él sueña, sino si mientras yo duermo él está despierto, o mientras yo estoy despierto él duerme, o si ambos estamos despiertos o dormidos al mismo tiempo cuando él ve el sueño en el que me ve: ¿qué maravilla si los muertos, sin saberlo ni sentirlo, son vistos por los vivos en sueños, y dicen algo que al despertar reconocen como verdadero? Creo que estas cosas se hacen por operaciones angélicas, ya sea que se permita desde arriba, o se ordene, para que parezcan decir algo sobre el entierro de sus cuerpos en sueños, cuando lo ignoran completamente aquellos cuyos son esos cuerpos. Esto a veces se hace útilmente, ya sea para el consuelo de los vivos a quienes pertenecen esos muertos, cuyas imágenes aparecen a los soñadores; o para que por estas advertencias se recomiende la humanidad del entierro al género humano: que aunque no ayude a los difuntos, sin embargo, se descuida con irreligiosidad culpable. Pero a veces, por visiones engañosas, los hombres son llevados a grandes errores, que es justo que sufran tales cosas. Como si alguien viera en sueños lo que se narra con falsedad poética que vio Eneas en el inframundo: y la imagen de alguien no sepultado le apareciera, y le hablara cosas como se dice que Palinuro le habló a él (Eneida, lib. 6, V. 337-383); y al despertar, encontrara su cuerpo donde oyó en sueños que yacía insepulto, advertido y rogado para que lo sepultara al encontrarlo; y porque descubrió que era verdad, creyera que por eso se debe sepultar a los muertos, para que sus almas pasen a los

lugares de donde soñó que las almas de los insepultos eran prohibidas por la ley del inframundo: ¿no se desviaría mucho del camino de la verdad creyendo esto?

## CAPÍTULO XI.

13. Dos ejemplos de visiones en sueños. Un padre difunto aparece a su hijo. Agustín mismo, estando vivo, aparece en sueños a Eulogio el retórico, y explica un pasaje de Cicerón. Así es la debilidad humana, que cuando alguien ve en sueños a un muerto, cree que ve su alma; pero cuando sueña de manera similar con un vivo, no duda que no es su alma, ni su cuerpo, sino la semejanza del hombre lo que le ha aparecido: como si no pudieran aparecer de la misma manera a los que duermen las semejanzas de los hombres muertos que no lo saben, no sus almas, sino sus semejanzas. Ciertamente, cuando estábamos en Milán, escuchamos que cuando se reclamaba una deuda a alguien, con una fianza del padre difunto presentada, que había sido pagada sin que el hijo lo supiera, el hombre comenzó a afligirse gravemente, y a maravillarse de que su padre no le hubiera dicho al morir lo que debía, cuando incluso había hecho testamento. Entonces, al estar muy angustiado, el mismo padre le apareció en sueños, y le indicó dónde estaba el recibo que invalidaba aquella fianza. Al encontrarlo y mostrarlo, no solo repelió la calumnia de la deuda falsa, sino que también recuperó el documento paterno, que el padre no había recibido cuando se pagó el dinero. Aquí se cree que el alma del hombre se preocupó por su hijo, y vino a él mientras dormía, para liberarlo de una gran molestia enseñándole lo que ignoraba. Pero casi al mismo tiempo que escuchamos esto, estando también nosotros en Milán, Eulogio, el retórico de Cartago, quien fue mi discípulo en el mismo arte, como él mismo me relató después de que regresamos a África, mientras enseñaba a sus discípulos los libros retóricos de Cicerón, al repasar la lección que iba a enseñar al día siguiente, encontró un pasaje oscuro: al no entenderlo, apenas pudo dormir preocupado; esa noche, en sueños, yo le expliqué lo que no entendía; o más bien no yo, sino mi imagen, sin que yo lo supiera, y tan lejos, al otro lado del mar, haciendo algo diferente, ya sea actuando o soñando, y sin preocuparme en absoluto por sus preocupaciones. No sé cómo ocurren estas cosas: pero de cualquier manera que ocurran, ¿por qué no creemos que de la misma manera puede alguien ver a un muerto en sueños, como ocurre que ve a un vivo? ambos sin saberlo, ni preocupándose por quién o dónde o cuándo alguien sueña con sus imágenes.

## CAPÍTULO XII.

14. Visiones de los frenéticos. La visión de Curma el curial. Sin embargo, son similares a los sueños algunas visiones de los que están despiertos, que tienen los sentidos perturbados, como los frenéticos, o de cualquier manera furiosos: pues también ellos hablan consigo mismos como si realmente hablaran con presentes, y tanto con ausentes como con presentes, cuyas imágenes ven, ya sean vivos o muertos. Pero así como los que viven no saben que son vistos por ellos, y que con ellos se conversa; pues en verdad no están presentes, ni conversan, sino que los hombres con sentidos turbados sufren tales visiones imaginarias: de la misma manera, aquellos que han partido de esta vida, son vistos por tales personas como presentes, aunque estén ausentes, y sin saber en absoluto si alguien los ve imaginariamente.

15. Algo similar a esto es también cuando los hombres son arrebatados de los sentidos del cuerpo más profundamente que si durmieran, y son ocupados por tales visiones. Y a estos también se les aparecen imágenes de vivos y muertos; pero cuando son devueltos a los sentidos, si dicen que vieron a algunos muertos, se cree que realmente estuvieron con ellos: y no se atiende, quienes escuchan esto, que de manera similar se vieron imágenes de algunos ausentes y desconocidos vivos. Un hombre llamado Curma, del municipio de Tullio, que está cerca de Hipona, un curial pobre, apenas de la dignidad de duumviro de ese lugar y

simplemente rústico, mientras estaba enfermo, fue arrebatado de los sentidos, y yació casi muerto durante varios días: un tenue aliento en sus narices, que se sentía al poner la mano, era el escaso indicio de vida que impedía que se le sepultara como exánime. No movía ningún miembro, no tomaba alimento alguno; no sentía nada con los ojos, ni con ningún otro sentido del cuerpo, cualquier molestia que se le impusiera. Sin embargo, veía muchas cosas como en sueños, que finalmente, después de muchos días, como despertando, narró. Y primero, tan pronto como abrió los ojos: Que alguien vaya, dijo, a la casa de Curma el herrero, y vea qué se hace allí. Cuando fueron, se encontró muerto en ese momento, en que este había sido devuelto a los sentidos, y casi revivido de la muerte. Entonces, a los que estaban presentes, les indicó que había sido ordenado que se presentara cuando él fue liberado; y dijo que allí, de donde había regresado, oyó que no Curma el curial, sino Curma el herrero había sido ordenado a ser llevado a esos lugares de los muertos. En esas visiones, como en sus sueños, entre aquellos difuntos, que veía ser tratados según la diversidad de méritos, reconoció también a algunos que conocía vivos. A ellos, sin embargo, realmente los habría creído, si no hubiera visto también en sus sueños a algunos que aún viven, a saber, algunos clérigos de su región, de cuyo presbítero allí oyó que debía ser bautizado por mí en Hipona, lo cual decía que ya había sido hecho. Por lo tanto, había visto en esa visión al presbítero, a los clérigos, a mí mismo, aún no muertos, en la cual después vio también a los muertos. ¿Por qué no se cree que los vio como a nosotros, a ambos ausentes y desconocidos; y por lo tanto no a ellos mismos, sino a sus semejanzas, como también a los lugares? Pues también vio la finca donde estaba aquel con los clérigos presbítero, y a Hipona donde fue como bautizado por mí: en esos lugares ciertamente no estaba, cuando se veía a sí mismo estar allí. Pues no sabía qué se hacía allí en ese momento: lo cual sin duda sabría, si realmente estuviera allí. Por lo tanto, estas cosas se ven, que no se presentan en las mismas cosas como son, sino que se representan en ciertas imágenes de las cosas. Finalmente, después de muchas cosas que vio, también narró que fue introducido en el paraíso, y se le dijo, cuando fue despedido de allí para regresar a los suyos: Ve, bautízate, si quieres estar en este lugar de los bienaventurados. Luego, cuando fue advertido de que debía ser bautizado por mí, respondió que ya había sido hecho. A lo cual aquel que hablaba con él respondió: Ve, dijo, bautízate de verdad; pues eso lo viste en visión. Después de esto, se recuperó, fue a Hipona. La Pascua ya se acercaba, dio su nombre entre otros Competentes, junto con muchos desconocidos para nosotros; ni se preocupó por indicar esa visión a mí, ni a ninguno de los nuestros. Fue bautizado, después de los días santos regresó a su hogar. Pasaron dos años o más, y yo conocí todas estas cosas: primero por un amigo suyo en mi banquete, mientras hablábamos de tales cosas: luego insistí e hice que él mismo me las narrara en persona, con testigos de sus honestos conciudadanos, tanto sobre su maravillosa enfermedad, que yació casi muerto durante muchos días, como sobre aquel otro Curma el herrero, que mencioné antes, y sobre todas estas cosas que cuando me las decía, también entonces recordaban y afirmaban haberlas oído de él. Por lo tanto, así como vio su bautismo, y a mí mismo, y a Hipona, y a la basílica, y al baptisterio, no en las cosas mismas, sino en ciertas semejanzas de las cosas; así también a algunos vivos, sin que lo supieran esos vivos:

### CAPÍTULO XIII.

Las almas de los muertos no participan en los asuntos de los vivos. ¿Por qué no, entonces, también a esos muertos, sin que lo sepan esos muertos?

16. ¿Por qué no creemos en estas operaciones angélicas, a través de la dispensación de la providencia de Dios que utiliza tanto lo bueno como lo malo, según la inescrutable profundidad de sus juicios? Ya sea que las mentes de los mortales sean instruidas, engañadas,

consoladas o aterrorizadas: como a cada uno se le debe ofrecer misericordia o imponer venganza, por aquel a quien la Iglesia canta misericordia y juicio no en vano (Sal. 100, 1). Que cada uno tome lo que digo como quiera. Si las almas de los muertos estuvieran involucradas en los asuntos de los vivos, y ellas mismas nos hablaran en sueños cuando las vemos; para no hablar de otros, mi propia madre piadosa no me abandonaría ninguna noche, quien me siguió por tierra y mar para vivir conmigo. Pues lejos esté que una vida más feliz se haya vuelto cruel, hasta el punto de que cuando algo angustia mi corazón, no consuele al hijo triste, a quien amó de manera única, a quien nunca quiso ver afligido. Pero ciertamente lo que el sagrado Salmo proclama es verdad: Porque mi padre y mi madre me abandonaron, pero el Señor me recogió (Sal. 26, 10). Si, por lo tanto, nuestros padres nos han abandonado, ¿cómo están involucrados en nuestras preocupaciones y asuntos? Si los padres no están involucrados, ¿quiénes son los otros muertos que saben lo que hacemos o sufrimos? El profeta Isaías dice: Tú eres nuestro padre; porque Abraham no nos conoció, e Israel no nos reconoció (Is. 63, 16). Si los grandes Patriarcas ignoraron lo que se hacía con el pueblo que de ellos fue engendrado, al cual, creyendo en Dios, se le prometió que vendría de su linaje; ¿cómo se mezclan los muertos en el conocimiento y ayuda de los asuntos y actos de los vivos? ¿Cómo decimos que se les ha consultado a aquellos que murieron antes de que llegaran los males que siguieron a su muerte, si incluso después de la muerte sienten todo lo que ocurre en la calamidad de la vida humana? ¿O acaso decimos esto errando, y creemos que aquellos que consideramos tranquilos son inquietados por la vida agitada de los vivos? ¿Qué es entonces lo que Dios prometió como un gran beneficio al piadosísimo rey Josías, que moriría antes para no ver los males que amenazaban con venir a ese lugar y pueblo? Estas son las palabras de Dios: Así dice el Señor Dios de Israel: Las palabras que escuchaste, y temiste ante mí cuando escuchaste lo que dije sobre este lugar y sus habitantes, que sería desolado y maldito; y rasgaste tus vestiduras, y lloraste ante mí, y yo escuché, dice el Señor de los ejércitos: no así, he aquí que te reuniré con tus padres, y serás reunido en paz; y tus ojos no verán todos los males que yo traigo sobre este lugar y sus habitantes (2 Reyes 22, 18-20). Este hombre, aterrorizado por las amenazas de Dios, lloró y rasgó sus vestiduras; y se aseguró de la muerte inminente de todos los males futuros, porque así descansaría en paz, sin verlos. Por lo tanto, los espíritus de los difuntos están donde no ven lo que se hace o sucede en esta vida a los hombres. ¿Cómo entonces ven sus tumbas, o sus cuerpos, si yacen abandonados o enterrados? ¿Cómo están involucrados en la miseria de los vivos, cuando ellos mismos sufren sus propios males, si han contraído tales méritos; o descansan en paz, como se prometió a este Josías, donde no soportan ningún mal ni sufriendo ni compadeciéndose, liberados de todos los males que soportaban sufriendo y compadeciéndose cuando vivían aquí?

#### CAPÍTULO XIV.

17. Objeción contra lo anterior. Alguien podría decir: Si los muertos no tienen cuidado de los vivos, ¿cómo es que el rico que estaba siendo atormentado en el infierno rogaba al padre Abraham que enviara a Lázaro a sus cinco hermanos aún vivos, para que no vinieran también ellos al mismo lugar de tormentos? Pero, ¿acaso porque el rico dijo esto, sabía lo que sus hermanos hacían o sufrían en ese momento? Así como él tenía cuidado de los vivos, aunque no sabía en absoluto lo que hacían; de la misma manera nosotros tenemos cuidado de los muertos, aunque no sepamos lo que hacen. Pues si no nos preocupáramos por los muertos, ciertamente no suplicaríamos a Dios por ellos. Finalmente, Abraham no envió a Lázaro, y respondió que tenían a Moisés y a los Profetas, a quienes debían escuchar para no llegar a esos suplicios. Aquí surge nuevamente cómo el mismo padre Abraham no sabía lo que se hacía aquí, donde sabía que estaban Moisés y los Profetas, es decir, sus libros, a los que

obedeciendo los hombres evitarían los tormentos infernales: donde finalmente sabía que aquel rico había vivido en delicias, y el pobre Lázaro en trabajos y dolores. Pues también le dijo esto: Recuerda, hijo, que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro males. Sabía, por lo tanto, estas cosas, que ciertamente se llevaron a cabo entre los vivos, no entre los muertos. Pero no cuando se realizaban entre los vivos, sino después de que murieron, pudo conocerlas por Lázaro, para que no sea falso lo que dice el profeta, Abraham no nos conoció.

## CAPÍTULO XV.

18. Cómo los muertos saben lo que se hace aquí. Por lo tanto, debemos admitir que los muertos no saben lo que se hace aquí mientras se hace: pero después de que se hace, lo oyen de aquellos que van de aquí a ellos al morir; no todo, sino lo que se les permite indicar, a quienes se les permite también recordar estas cosas; y lo que es necesario que escuchen aquellos a quienes se lo indican. Los muertos también pueden oír algo de los ángeles, que están presentes en las cosas que se hacen aquí, lo que juzga que cada uno de ellos debe oír, aquel a quien todo está sujeto. Pues si no hubiera ángeles que pudieran estar presentes tanto en los lugares de los vivos como de los muertos, el Señor Jesús no habría dicho: Sucedió que murió el pobre, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham (Luc. 16, 22-29). Ahora, por lo tanto, pudieron estar aquí y allí, quienes llevaron de aquí a allá a quien Dios quiso. Los espíritus de los muertos también pueden conocer algunas cosas que se hacen aquí, que es necesario que ellos sepan, y que es necesario que otros las sepan, no solo pasadas o presentes, sino también futuras, reveladas por el Espíritu de Dios: como no todos los hombres, sino los Profetas mientras vivían aquí las conocían, ni ellos mismos todo, sino lo que la providencia de Dios juzgaba que debía ser revelado. También se puede enviar a algunos de los muertos a los vivos, como en sentido contrario Pablo fue arrebatado de entre los vivos al paraíso, lo atestigua la Escritura divina (2 Cor. 12, 2). Pues el profeta Samuel, muerto, predijo incluso al rey Saúl lo que sucedería en el futuro (1 Sam. 28, 7-19): aunque algunos piensan que no fue él quien pudo ser evocado por artes mágicas, sino algún espíritu que, congruente con tales malas obras, asumió su semejanza: ya que el libro del Eclesiástico, que se dice fue escrito por Jesús hijo de Sirac, y se pronuncia por cierta similitud de elocuencia de Salomón, contiene en la alabanza de los padres, que Samuel incluso muerto profetizó (Eclo. 46, 23). Pero si a este libro se le contradice desde el canon de los hebreos (porque no está en el de ellos); ¿qué diremos de Moisés, quien ciertamente muerto en el Deuteronomio (Deut. 34, 5), y en el Evangelio se lee que apareció a los vivos con Elías, quien no murió (Mat. 17, 3)?

## CAPÍTULO XVI.

19. Mártires presentes para ayudar a algunos. Niega poder definir cómo los mártires están presentes para ayudar a los que están en peligro. Aquí también se resuelve la cuestión de cómo los mártires, con los beneficios que se otorgan a los que oran, indican que están involucrados en los asuntos humanos, si los muertos no saben lo que hacen los vivos. Pues no solo por los efectos de los beneficios, sino también por la misma visión de los hombres, hemos oído que el confesor Félix, a quien veneras piadosamente, apareció cuando los bárbaros atacaban Nola, no por rumores inciertos, sino por testigos ciertos. Sin embargo, estas cosas se exhiben divinamente, de manera muy diferente a como se comporta el orden habitual atribuido a cada género de criaturas. Pues no porque el agua se convirtió repentinamente en vino cuando el Señor quiso (Juan 2, 9), debemos por eso no distinguir lo que el agua puede hacer en su propio orden de elementos, de la rareza o más bien singularidad de esta obra divina: ni porque Lázaro resucitó (Id. 11, 44), por eso todo muerto se levanta cuando quiere, o de la misma manera que un dormido es despertado por un vigilante. Son diferentes los límites de las cosas humanas, diferentes las señales de las

virtudes divinas; unas son las que se hacen naturalmente, otras las que se hacen maravillosamente: aunque Dios está presente tanto en la naturaleza para que exista, como en los milagros la naturaleza no falta. Por lo tanto, no se debe pensar que los muertos pueden estar involucrados en los asuntos de los vivos, porque los mártires están presentes para sanar o ayudar a algunos; sino que más bien se debe entender que los mártires están involucrados en los asuntos de los vivos por el poder divino, porque los muertos por su propia naturaleza no pueden estar involucrados en los asuntos de los vivos.

20. Aunque esta cuestión supera las fuerzas de mi inteligencia, cómo los mártires ayudan a aquellos que ciertamente son ayudados por ellos; si ellos mismos están presentes por sí mismos en un solo tiempo en lugares tan diversos y separados por tanta distancia, ya sea donde están sus memorias, o fuera de sus memorias dondequiera que se sientan presentes: o si ellos, en un lugar adecuado a sus méritos, alejados de toda conversación de mortales, y sin embargo orando en general por las necesidades de los suplicantes (como nosotros oramos por los muertos, a quienes ciertamente no nos presentamos, ni sabemos dónde están o qué hacen), Dios omnipotente, que está presente en todas partes, ni concreto con nosotros, ni alejado de nosotros, escuchando las oraciones de los mártires, a través de ministerios angélicos difundidos por todas partes, proporciona a los hombres estos consuelos, que en la miseria de esta vida juzga que deben ser proporcionados; y los méritos de sus mártires donde quiera, cuando quiera, como quiera, especialmente a través de sus memorias, porque sabe que esto nos conviene para edificar la fe de Cristo, por cuya confesión ellos sufrieron, los recomienda con poder y bondad maravillosa e inefable. Esta cuestión es más alta de lo que puedo alcanzar, y más profunda de lo que puedo investigar: y por eso no me atrevo a definir cuál de estas dos cosas es, o si quizás ambas son, que a veces estas cosas se hacen por la misma presencia de los mártires, a veces por los ángeles que asumen la persona de los mártires; preferiría preguntar a quienes saben estas cosas. Pues no es que nadie sepa estas cosas, no quien crea saber y no sepa: porque son dones de Dios, otorgando a unos unas cosas, y a otros otras, según el Apóstol, quien dice que a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para provecho: A uno, dice, se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro fe en el mismo Espíritu; a otro don de curaciones en un solo Espíritu; a otro operaciones de milagros; a otro profecía; a otro discernimiento de espíritus; a otro géneros de lenguas; a otro interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como quiere (1 Cor. 12, 7-11). De todos estos dones espirituales que el Apóstol mencionó, a quien se le ha dado el discernimiento de espíritus, él sabe estas cosas como deben ser conocidas.

## CAPÍTULO XVII.

21. Sobre Juan el monje. Se debe creer que tal fue aquel monje Juan, a quien el emperador Teodosio el Grande consultó sobre el resultado de la guerra civil: pues tenía también el don de profecía. No dudo que no solo uno pueda tener uno de estos dones, sino también varios. Este Juan, por lo tanto, cuando una mujer muy religiosa deseaba impacientemente verlo, y para obtener esto insistía vehementemente a través de su esposo, aunque él no quería, ya que nunca lo había permitido a las mujeres: Ve, le dijo, dile a tu esposa que me verá la próxima noche, pero en sueños. Y así fue: y le advirtió todo lo que era necesario que una esposa fiel escuchara. Cuando ella despertó, le contó a su esposo que había visto al hombre de Dios tal como él lo conocía, y lo que había oído de él. Quien lo supo de ellos, me lo contó, un hombre serio y noble, y muy digno de ser creído. Pero si yo hubiera visto a ese santo monje, porque, como se dice, era interrogado pacientemente y respondía sabiamente, le habría preguntado sobre lo que concierne a esta cuestión, si él mismo había ido a esa mujer en sueños, es decir, su espíritu en la figura de su cuerpo, como nosotros mismos soñamos en la figura de nuestro

cuerpo; o si, mientras él hacía otra cosa, o, si dormía, soñando otras cosas, ya sea por un ángel, o de cualquier otra manera, tal visión se hizo en el sueño de la mujer; y que eso sucediera, para que él lo prometiera, lo supiera por revelación del Espíritu de profecía. Pues si él mismo estuvo presente con la soñadora, ciertamente pudo hacerlo por una gracia maravillosa, no por naturaleza; y por el don de Dios, no por su propia facultad. Pero si mientras él hacía otra cosa, o dormía y ocupado con otras visiones, la mujer lo vio en sueños; ciertamente algo así sucedió como lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles, donde el Señor Jesús habla a Ananías sobre Saulo, y le indica que Saulo vio venir a Ananías a él, cuando Ananías mismo no lo sabía (Hech. 9, 10-15). Cualquiera de estas cosas me respondería aquel hombre de Dios, y sobre los mártires continuaría preguntándole, si ellos mismos están presentes en sueños, o de cualquier otra manera a los que los ven en la figura que quieran; y especialmente cuando los demonios en los hombres confiesan ser atormentados por ellos, y les ruegan que les perdonen: o si estas cosas se hacen por orden de Dios a través de poderes angélicos, en honor y recomendación de los santos para la utilidad de los hombres, estando ellos en suma quietud, y ocupados con otras visiones mucho mejores, separados de nosotros, y orando por nosotros. Pues en Milán, en la presencia de los santos mártires Protasio y Gervasio, los demonios confesaban al obispo Ambrosio, aún vivo, por su nombre expreso, como lo hacían con los muertos que mencionaban de la misma manera, y le rogaban que les perdonara, mientras él hacía otra cosa, y no sabía en absoluto que esto se estaba haciendo. O si a veces estas cosas se hacen por la misma presencia de los mártires, a veces por los ángeles; y si pueden, o con qué señales podemos discernir estas dos cosas; o si no puede sentir y discernir estas cosas, sino quien tiene ese don por el Espíritu de Dios que distribuye a cada uno en particular como quiere: me explicaría, creo, Juan todas estas cosas, como yo quisiera; para que o aprendiera de él enseñando, y conociera que lo que escuchara era verdadero y cierto; o yo creyera lo que no supiera, diciendo él lo que sabía. Y si acaso me respondiera de la Sagrada Escritura y me dijera, No busques lo que es más alto que tú, ni escudriñes lo que es más fuerte que tú; sino que piensa siempre en lo que el Señor te ha mandado (Eclo. 3, 22); también lo aceptaría con gratitud. Pues no es pequeño el fruto, si algunas cosas oscuras e inciertas, que no podemos comprender, al menos nos queda claro y cierto que no deben ser buscadas; y lo que cada uno quiere aprender, pensando que es útil saberlo, aprenda que no es perjudicial no saberlo.

## CAPÍTULO XVIII.

22. Ritos solemnes para los difuntos, sacrificios del altar, oraciones y limosnas. Oficio de sepultura. Siendo así, no pensemos que llega a los muertos, por quienes nos preocupamos, sino lo que solemnemente suplicamos por ellos, ya sea en los sacrificios del altar, oraciones o limosnas: aunque no beneficien a todos por quienes se hacen, sino solo a aquellos para quienes, mientras vivían, se preparó que les beneficiaran. Pero como no discernimos quiénes son, es necesario hacer esto por todos los regenerados, para que ninguno de ellos sea omitido, a quienes estos beneficios puedan y deban llegar. Pues es mejor que estas cosas sobren a aquellos a quienes ni perjudican ni benefician, que falten a aquellos a quienes benefician. Sin embargo, alguien hace estas cosas más diligentemente por sus propios necesarios, para que también se hagan por él de manera similar por los suyos. Pero lo que se gasta en el entierro del cuerpo no es un auxilio para la salvación, sino un oficio de humanidad, según el afecto con el que nadie jamás odia su propia carne (Ef. 5, 29). Por lo tanto, es necesario que quien pueda cuide de la carne del prójimo, cuando aquel que la cuidaba se ha ido. Y si esto lo hacen quienes no creen en la resurrección de la carne, cuánto más deben hacerlo quienes creen, para que al cuerpo muerto, pero que resucitará y permanecerá en la eternidad, se le preste tal oficio, que sea también de algún modo un testimonio de la misma fe. Pero lo que alguien es

sepultado en las memorias de los mártires, me parece que solo beneficia al difunto en que, encomendándolo también al patrocinio de los mártires, se aumenta el afecto de la súplica por él.

23. Tienes en cuanto a lo que pensaste que debía ser preguntado a mí, la respuesta que pude darte: si es más extensa de lo necesario, perdona; pues esto se hizo por el amor de hablar más tiempo contigo. Por lo tanto, te pido que me hagas saber mediante tus escritos cómo ha recibido tu venerable Dilección este libro, que sin duda te hará más grato el portador del mismo, nuestro hermano y copresbítero Candidiano, a quien conocí a través de tus cartas con todo mi corazón, y a quien dejé a regañadientes. Pues nos consoló mucho con su presencia en la caridad de Cristo, y, lo que debo confesar, por su insistencia te obedecí. Pues mi corazón está tan distendido, que si él no me hubiera recordado constantemente, mi respuesta a tu pregunta ciertamente habría faltado.